

el rey, y la reciente muerte de Turno era un aviso para los que podían intentar la resistencia. Renovóse el tratado, y Tarquino mandó á la juventud latina que se presentase armada en el bosque de Terentina en un día determinado. Acudieron al llamamiento desde todas las comarcas del Lacio, y no queriendo Tarquino que tuviesen jefes propios, ni señales secretas para reunirse, ni enseñas especiales, les incorporó á las centurias romanas, que, constando ahora de tantos latinos como romanos, fueron duplicadas, recibiendo por jefes centuriones romanos.

Si Tarquino fué injusto en la paz, no fué mal capitán en la guerra, y hasta hubiese superado en esto á sus predecesores, si los vicios del rey no obscurecieran la gloria del general. Comenzó contra los volscos aquella guerra que duró más de doscientos años: tomó por asalto su ciudad de Suesa-Pomecia: vendió el botín y obtuvo de la venta cuarenta talentos de oro y plata, concibiendo entonces la idea de elevar á Júpiter vasto templo, digno del rey de los dioses y de los hombres, digno del imperio romano y digno de la majestad del lugar donde se abrieron sus cimientos. El dinero cogido al enemigo quedó reservado para la construcción de este edificio. En seguida emprendió una guerra contra los gabios, cuya ciudad estaba cerca de Roma (1), no siendo esta guerra tan afortunada ni tan rápida como había esperado. Rechazado después de un asalto inútil, obligado á renunciar, por consecuencia de este fracaso, á un asedio regular, decidió emplear la astucia y la perfidia, medios indignos de un capitán romano. Apa-

(1) Gabias, antigua ciudad de los volscos, á 12 millas al Este de Roma y á 11 al Oeste de Prenesto, era una colonia de Alba Longa. Encontrábase arruinada ya en tiempo de Augusto. Una tradición antigua pretendía que allí fueron criados Rómulo y Remo.

rentando, que no se ocupaba ya de la guerra y que solamente atendía á la construcción del templo de Júpiter y de otras obras comenzadas en la ciudad. Sexto, el más joven de sus tres hijos, de acuerdo con él, se refugió entre los gabios, quejándose ante ellos de la intolerable crueldad de su padre, diciendo: «Que Tarquino, no contento con tiranizar á los demás, tiranizaba también á su propia familia. Teme al número de sus hijos, y así como ha despoblado el Senado, quiere despoblar también su casa y no dejar herederos de su nombre ni de su reino. En cuanto á él, habiendo escapado á la espada de su padre, no cree encontrar en ninguna parte asilo más seguro que entre los enemigos de Tarquino; porque han de saber que la guerra que parece abandonada, amenaza siempre; comenzará en cuanto haya ocasión, estallando de improviso. Si rechazan sus ruegos, recorrerá todo el Lacio; irá á los volscos, á los egnos, á los hérnicos, hasta que encuentre un pueblo bastante generoso para defender á los hijos de la persecución e impía crueldad de los padres. Tal vez encontrará alguno á quien justa indignación hará empuñar las armas contra el rey más orgulloso y el más ambicioso de los pueblos.» Temiendo los gabios que si no procuran retenerlo abandone su ciudad irritado contra ellos, le acogieron con bondad diciéndole: «Que no debe extrañarle que Tarquino trate á sus hijos como á sus conciudadanos y aliados; que á falta de otras víctimas, su crueldad debía volverse contra él mismo. Que fuese bien venido entre ellos, y que esperaban poder muy pronto, ayudándoles su valor y su consejo, llevar la guerra desde las puertas de Gabinia á las murallas de Roma.»

Desde aquel día intervino el joven en sus consejos, en los que adoptaba desde luego, acerca de los asuntos civiles, la opinión de los gabios antiguos que mejor los

conocían. Pero no sucedía lo mismo en lo concerniente á la guerra, que de tiempo en tiempo pedía, diciendo que, acerca de este punto, sus opiniones eran más seguras, porque conocía mejor la fuerza de los dos pueblos, y cuán odiosa era para los romanos la tiranía de Tarquino, insoportable hasta para sus hijos. Mientras impulsaba insensiblemente á los principales de la ciudad á la sublevación, él mismo, con un grupo de jóvenes atrevidos, hacía incursiones y saqueaba en territorio romano; y concertando sus hechos y palabras, en conformidad con su plan de falsedad, su fatal influencia concluyó por obtener el mando del ejército de los gabinos. Para no dar lugar á sospechas, libraba frecuentemente ligeros combates en que resultaban siempre vencedores los gabinos, creciendo tanto el entusiasmo, que grandes y pequeños consideraban su llegada á la ciudad como un favor de los dioses. Espléndido además con el soldado, al que abandonaba el botín, y cuyas fatigas y peligros compartía, de tal manera conquistó su cariño, que no era su padre más poderoso en Roma que él en Gabinia. Cuando se creyó bastante fuerte para intentar todo, envió á su padre uno de los suyos, con encargo de preguntarle lo que debía hacer, ahora que los dioses le habían concedido autoridad absoluta en la ciudad de Gabinia. Creo que el mensajero no debió parecer bastante seguro, porque no recibió contestación alguna verbal, sino que Tarquino, muy pensativo, pasó á los jardines de palacio, seguido por el enviado de su hijo. Dícese que paseando en silencio, derribaba con una varilla las adormideras más altas. Cansado de preguntar y de esperar contestación, el mensajero regresó á Gabinia, creyendo haber fracasado en su misión. Refirió lo que había dicho, lo que había visto; añadiendo que el rey, bien por odio, bien por cólera, ó por aquel orgullo que le era natural, no pronunció ni una pala-

bra; pero comprendiendo Sexto en el enigma el sentido de la contestación e intenciones de su padre, hizo parecer á los principales de la ciudad, acusando á unos delante del pueblo, y á los otros aprovechando la indignación que habían producido contra ellos. Muchos fueron condenados públicamente, y otros, á quienes no era tan fácil acusar, murieron en secreto. Algunos pudieron huir sin obstáculo, y fueron desterrados otros, repartiéndose al pueblo los bienes de los muertos y desterrados. Estas generosidades, el producto de aquellos despojos, las satisfacciones del interés particular ahogaron el sentimiento de las desgracias públicas, hasta el día en que Gabinia, privada de consejo y de fuerza, cayó sin luchar en poder del rey romano.

Dueño de los gabinos, ajustó Tarquino la paz con los equos y renovó el tratado con los toscanos. En seguida dedicó toda su atención á las obras interiores de Roma, siendo la más importante el templo de Júpiter, que construía sobre el monte Tarpeyo, y que quería dejar como monumento de su reinado y de su nombre. Obra era, en efecto, de dos Tarquinos: el padre había hecho el voto y el hijo lo cumplía; y con objeto de que todo el emplazamiento del Capitolio quedase reservado á Júpiter, con exclusión de toda otra divinidad, decidió derribar los altares y templos pequeños que Tacio había construido, consagrado y dedicado, en conformidad con un voto que había hecho durante un combate contra Rómulo. Mientras se construían los primeros cimientos del edificio, revelóse la voluntad de los dioses, según se dice, por señales que anunciaban el futuro poder del imperio romano. Los augures permitieron que se derribasen todos los altares, exceptuando el del dios Término, y esta excepción se interpretó de la manera siguiente: Conservando su puesto el dios Término, siendo el único dios que no perdía su

santuario sobre el monte Tarpeyo, presagiaba la firmeza y duración del imperio romano. Este primer prodigio, que anunciaba la perpetuidad del imperio, vino acompañado de otros que predecían su grandeza. Dícese que al abrir los cimientos del templo encontróse una cabeza humana perfectamente conservada. Este nuevo suceso indicaba claramente que allí estaría también la cabeza del imperio, y de esta manera lo interpretaron los adivinos de Roma y los que llamaron de la Etruria. Estos presagios movían más y más al rey á no omitir gastos. Las riquezas de Pomercia, que debían servir para terminar la empresa, apenas bastaron para los cimientos. En lo relativo á este punto me parece Fabio más digno de crédito que Pisón, siendo además aquel historiador más antiguo. Fabio hace subir estas riquezas á cuarenta talentos; Pisón pretende que Tarquino había reservado para la construcción del templo cuarenta mil libras de peso de plata, cantidad extraordinaria que no podía proceder del saqueo de ninguna ciudad de entonces, y que bastaría y sobraría hoy mismo para la construcción de los monumentos más espléndidos.

Dominado solamente Tarquino por el deseo de terminar el templo, trajo obreros de todas las comarcas de Etruria, y empleó no solamente las rentas del Estado, sino que también los brazos del pueblo. Aquella carga, unida á la de la guerra, no parecía sin embargo muy pesada para el pueblo, sino que por el contrario, se alegraba de alzar con sus propias manos los templos de los dioses. Pero en seguida le emplearon en otros trabajos, que no por tener menos brillo eran menos penosos: tales eran la construcción de galerías alrededor del circo y la apertura de una cloaca destinada á recibir las inmundicias de la ciudad: dos obras que apenas ha conseguido igualar la magnificencia de nuestros días.

Además de estos trabajos, que mantenían ocupada á la plebe, persuadido Tarquino de que una población numerosa grava al Estado cuando permanece ociosa, y queriendo además ensanchar por medio de colonias los límites del imperio, envió colonos á Signia y á Circeya (1), ciudades que algún día debían proteger á Roma por el lado de tierra y por la parte del mar. En medio de estos trabajos, vióse con horror otro prodigio. Una serpiente, saliendo de una columna de madera, puso espanto en todos los habitantes de palacio haciéndoles huir. No muy asustado Tarquino al principio, concibió sin embargo graves temores para lo venidero. Consultábase ordinariamente á los adivinos etruscos acerca de los presagios que se manifestaban en público; pero como este parecía amenazar á su familia, resolvió el rey consultar al oráculo de Delfos (2), que era el más célebre del mundo. No sabiendo cuál sería la respuesta de los dios, no se atrevió á encargar á extraños el cuidado de ir á recibirla, y envió á Grecia á dos hijos suyos, atravesando comarcas desconocidas entonces y mares más desconocidos todavía. Tito y Aruncio partieron acompañados del hijo de Tarquinia, hermana del rey (3), Junio Bruto, cuyo carácter era muy diferente del que procuraba mostrar en público. Sabedor por los principales del Estado que su tío, entre otros, había sucum-

(1) Estas dos ciudades estaban situadas en la frontera de los volscos, la segunda á orillas del mar sobre el promontorio de Córcoga.

(2) Las relaciones de Roma con el oráculo de Delfos, son prueba de la civilización romana en aquella época y en los siglos anteriores.

(3) Dionisio de Halicarnaso sigue la tradición que parece más verosímil, según la cual Tarquinia era tía del rey, y no hermana. De esta manera se explica cómo su hijo Bruto tenía próximamente la misma edad que los de Tarquino, como se ve en la historia de la conspiración.

bidó víctima de la crueldad de Tarquino, este joven decidió desde aquel momento no revelar nada en su carácter ni en su fortuna que pudiese disgustar al tirano y excitar su avidez; en una palabra, buscar en el desprecio la seguridad que no podía encontrar en la justicia. Fingióse loco, entregando su persona á la risa del rey, abandonándole todos sus bienes y hasta aceptando el injurioso sobrenombre de Bruto. A favor de este nombre esperaba el libertador de Roma la realización de sus destinos. Llevado á Delfos por los Tarquinos, antes como juguete que como compañero, llevó al dios, según se dice, un báculo de oro, encerrado en otro de cuerno hueco, emblema misterioso de su carácter. Cuando llegaron los jóvenes, después de ejecutar las órdenes de su padre, quisieron saber á cuál de ellos vendría á parar el reino romano; y se dice que desde el fondo del santuario contestó una voz: «Obtendrá el supremo mando de Roma aquel de vosotros, por el que sea el primero en dar un beso á su madre.» Los Tarquinos exigieron absoluto silencio en cuanto al oráculo, relativamente á su hermano Sexto que había quedado en Roma, con objeto de que su ignorancia le hiciese perder toda esperanza de reinar; y en cuanto á ellos, dejaron que la fortuna decidiese cuál de los dos besaría al regreso á su madre. Pero interpretando Bruto de otra manera la voz de la Pitonisa, fingió caer y besó la tierra, madre común de todos los hombres. Cuando regresaron á Roma hacíanse grandes aprestos de guerra contra los rútilos.

Habitaban éstos la ciudad de Ardea, constituyendo nación poderosa y rica para aquellos tiempos y aquel país. Declaróse la guerra á causa del agotamiento de las rentas, por efecto de los trabajos suntuosos emprendidos por el rey de los romanos, quien deseaba rehacer el tesoro y conquistar de nuevo con el cebo del botín

el afecto de sus súbditos, que, irritados por su soberbia y despotismo, se indignaban de que el príncipe les tuviese sujetos desde tanto tiempo á trabajos de operario y de esclavo. Tratóse primeramente de apoderarse de Ardea por asalto; pero la tentativa no produjo buen resultado, por lo que se convirtió el asedio en bloqueo, quedando encerrado el enemigo dentro de sus murallas. Durante el bloqueo, y como de ordinario acontece en guerras menos activas que largas, concedíanse con bastante facilidad licencias, pero principalmente á los jefes y no á los soldados. Los jóvenes príncipes solían de tiempo en tiempo distraer los tedios de la ociosidad por medio de festines y orgías. Un día que estaban cenando en casa de Sexto Tarquino con Colatino, hijo de Egerio, recayó la conversación en las esposas, elogiando cada cual extraordinariamente la suya. Acaloróse la discusión; Colatino dijo que no eran necesarias tantas palabras y que en pocas horas podrían convenirse de cuán superior era á todas su esposa Lucrecia. «Si somos jóvenes y vigorosos, añadió, montemos á caballo y marchemos á asegurarnos por nosotros mismos del mérito de nuestras esposas. Como no nos esperan, las juzgaremos por las ocupaciones en que las sorprendamos.» El vino excitaba los ánimos, y todos los jóvenes exclamaron: «Partamos», y salieron á la carrera hacia Roma, donde llegaron al obscurecer. De allí marcharon á Colacia, donde encontraron á las nueras del rey y á sus compañeras entregadas á las delicias de suntuosa cena; y por el contrario Lucrecia, en lo más retirado del palacio hilando lana (1) y velando con sus criadas hasta muy entrada la noche. Lucrecia,

(1) Los antiguos consideraban como prueba de gran virtud el gusto de las mujeres por los trabajos de aguja. El epíteto de *lanifica* se encuentra entre los elogios que se grababan en los monumentos fúnebres.

que obtuvo todos los honores de la disputa, recibió bondadosamente á los dos Tarquinos y á su esposo, quien contento por la victoria, invitó á los príncipes á permanecer con él. Entonces concibió Sexto Tarquino el odioso deseo de poseer á Lucrecia, aunque fuese por infame violencia, porque excitaba su vanidad, no solamente la belleza de aquella mujer, sino también su acrisolada reputación de virtud. Terminada la noche en las diversiones propias de la juventud, regresaron al campamento.

Pocos días después volvió Sexto á Colacia, ocultándose de Colatino y acompañado por un hombre solo. Como nadie suponía sus designios, recibieronle benévolutamente, llevándole después de cenar á su habitación. Allí, ardiendo en deseos, y juzgando por el silencio que todos dormían en el palacio, empuñó la espada, marchó al lecho de Lucrecia, dormida ya, y apoyando una mano en el pecho de aquella mujer: «Silencio, Lucrecia, dijo; soy Sexto; tengo en la mano la espada: si gritas, mueres.» Al despertar sobresaltada y muda de espanto, Lucrecia, sin defensa, ve la muerte que le amenaza; Tarquino la declara su amor; insta, amenaza y ruega á la vez, sin omitir nada de lo que puede quebrantar el corazón de la mujer. Pero viéndola firme en su resistencia y que no la doblega ni el temor de la muerte, intenta asustarla con la pérdida de su reputación, diciéndole que después de matarla colocará á su lado el cuerpo desnudo de un esclavo degollado, para hacer creer que había recibido la muerte cuando estaba consumando el más repugnante adulterio. Vencida por este temor la inflexible castidad de Lucrecia, cede á la lujuria del joven, alejándose en seguida éste, orgulloso con su triunfo sobre el honor de una mujer. Oprimida Lucrecia por el dolor, envió mensajeros á Roma y Ardea, diciendo á su padre y á su esposo que

se apresuraran á venir acompañado cada uno por un amigo fiel; que un acontecimiento espantoso exige su presencia. Sp. Lucrecio llegó con P. Valerio, hijo de Voleso, y Colatino con Bruto. Estos dos regresaban juntos á Roma, cuando les encontró el mensajero de Lucrecia, á la que hallaron sentada en su habitación, sumida en profundo dolor. Al ver á los suyos, rompió en llanto, y preguntándola su esposo si todo estaba salvo, «No, contestó; ¿qué bien puede quedar á la mujer que ha perdido la castidad? Colatino, huellas de varón extraño manchan todavía tu lecho. Pero solamente el cuerpo ha sido deshonorado; el alma permanece pura y mi muerte lo demostrará. Juradme que no quedará impune el adúltero: es Sexto Tarquino, que ocultando un enemigo bajo exterioridades de huésped, vino la última noche á arrebatarme, con las armas en la mano, un placer que debe costarle tanto como á mí si sois hombres.» Los dos le prometieron lo que deseaba, y procuraron endulzar su dolor, achacando toda la culpa al autor de la violencia; dijéronla que el cuerpo no es culpable cuando el alma es inocente, y que no hay falta donde no hay intención. «Vosotros decidiréis de la suerte de Tarquino: por mi parte, si me considero sin crimen, no me perdono la pena, para que en adelante ninguna mujer que sobreviva á su deshonor no pueda invocar el ejemplo de Lucrecia.» Dicho esto, se clavó en el corazón un cuchillo que tenía oculto bajo la ropa, cayendo muerta en el acto. El padre y el esposo lanzaron gritos.

Mientras se entregaban al dolor, Bruto arrancó de la herida el cuchillo ensangrentado, y levantándolo dijo: «Por esta sangre tan pura antes de recibir el ultraje del odioso hijo de los reyes, juro y os tomo por testigos á vosotros ¡oh dioses! que perseguiré á Lucio Tarquino el Soberbio, á su malvada esposa y á todos sus hijos!

por el hierro, por el fuego y por cuantos medios estén á mi alcance, y que no he de consentir que ni ellos ni otros reinen jamás en Roma.» En seguida entregó el cuchillo á Colatino, y después á Lucrecio y á Valerio, asombrados de aquel prodigioso cambio en un hombre que consideraban insensato. Repiten el juramento que les dicta, y pasando repentinamente del dolor al deseo de venganza, siguen á Bruto que les llamaba ya á la destrucción de la monarquía. Llevan al foro el cadáver de Lucrecia, y aquel extraordinario espectáculo excita, como esperaban, universal indignación. El pueblo maldice la execrable violencia de Sexto; conmuevese ante el dolor del padre, agítale Bruto, que condenando aquellas lágrimas inútiles, propone el único partido digno de ser escuchado por hombres, por romanos, el de empuñar las armas contra principes que les tratan como enemigos. Los más animosos se presentan espontáneamente armados, y muy pronto siguen el ejemplo los demás. Quedan la mitad de ellos con Colatino para la defensa de la ciudad y para impedir que la noticia de la sublevación llegue á oídos del rey, y la otra mitad marcha sobre Roma siguiendo á Bruto. A su llegada y por doquier avanza aquella multitud armada; todos se asustan y agitan; pero cuando se ve á la cabeza los primeros ciudadanos del Estado, tranquilizanse en cuanto á sus proyectos, sean los que quieran. Lo horrible del crimen no produce menos efecto en Roma que en Colacia: de todos los puntos de la ciudad acuden al Foro, y la voz del heraldo reúne al pueblo en derredor del tribuno de los céleres, dignidad que entonces tenía Bruto. Este arenga al pueblo, y su palabra en nada revela aquella falta de talento que había fingido hasta entonces. Refiere la brutal pasión de Sexto Tarquino y la infame violencia que ha hecho á Lucrecia; la deplorable muerte de esta mujer y el dolor de Tricipi-

tino (1), que perdiendo á su hija, menos le adigia la pérdida que la indigna causa que la había ocasionado. Describe el orgulloso despotismo de Tarquino, los trabajos y las miserias del pueblo, de aquel pueblo sepultado en fosos, en cloacas inmundas que tiene que limpiar; muestra á aquellos romanos vencedores de todas las naciones vecinas transformados en obreros y albañiles. Recuerda los horrores del asesinato de Servio y de aquella hija impía que hace pasar su carro sobre el cuerpo de su padre, y en seguida invoca á los dioses vengadores de los parricidas. Tamaños crímenes y otros más atroces, sin duda, que no puede referir el historiador con la misma energía que los que los presenciaron, enardecen á la multitud, que arrastrada por el orador, decreta la destitución del rey y condena al destierro á Sexto Tarquino, su esposa é hijos. El mismo Bruto, habiendo alistado y armado á todos los jóvenes que se apresuraban á dar su nombre, marcha al campamento delante de Ardea para sublevar al ejército contra Tarquino. Deja el gobierno de Roma á Lucrecio, á quien el mismo rey había nombrado prefecto de la ciudad poco tiempo antes. En medio del general tumulto, Tulia huye á su palacio, recibiendo por todas partes á su paso las execraciones de la multitud y oyendo invocar sobre su cabeza las furias vengadoras de los parricidas. Cuando llegó la noticia al campamento del rey, sorprendido y asustado, acudió apresuradamente á Roma para ahogar la naciente sublevación. Entérase Bruto de su proximidad, y para no encontrarle se separa del camino. Casi al mismo tiempo y por vías diferentes llegan, Bruto al campamento y Tarquino á Roma, donde encuentra las puertas cerradas y le notifican su destie-

(1) Con este nombre se designaba la rama de la familia Lucrecia, á que pertenecía Sp. Lucrecio, padre de Lucrecia.

ro. El ejército, por el contrario, recibe con entusiasmo al libertador de Roma y arroja de sus filas á los hijos del rey. Dos de ellos siguieron á su padre al destierro de Cerea en la Etruria: Sexto, que se había retirado á Gabinia como á sus propios estados, pereció allí, muerto por aquellos cuyos odios excitó en otro tiempo con sus asesinatos y rapiñas.

Tarquino el Soberbio reinó veinticinco años; siendo el tiempo que reinaron todos los reyes desde la fundación de Roma hasta su libertad doscientos cuarenta años. Reunidos entonces los comicios por centurias y convocados por el prefecto de Roma, según el proyecto de Servio, nombraron dos cónsules, Junio Bruto y Tarquino Colatino.

FIN DEL LIBRO PRIMERO.

ro. El ejército, por el contrario, recibe con entusiasmo al libertador de Roma y arroja de sus filas á los hijos del rey. Dos de ellos siguieron á su padre al destierro de Cerea en la Etruria: Sexto, que se había retirado á Gabinia como á sus propios estados, pereció allí, muerto por aquellos cuyos odios excitó en otro tiempo con sus asesinatos y rapiñas.

LIBRO SEGUNDO.

SUMARIO.

Bruto hace jurar al pueblo que no consentirá más reyes en Roma; obliga á su colega Tarquino Colatino, sospechoso por ser pariente de los Tarquinos, á abdicar el consulado y á salir de la ciudad; entrega al pillaje los bienes de la familia real y consagra á Marte el terreno que después se llamó Campo de Marte; hace decapitar á los jóvenes patricios, á sus propios hijos y á los de su hermano, que conspiraron para restablecer á los Tarquinos; concede libertad á su denunciador, el esclavo Vindicius, y de aquí viene la palabra *vindicta*.—Guía al ejército contra los príncipes que venían en guerra contra Roma con las fuerzas reunidas de los veyos y tarquinos; perece en el combate con Aruncio, hijo de Tarquino el Soberbio. Las matronas romanas llevan luto durante un año.—El cónsul Valerio hace aprobar una ley que consagra el derecho de apelación al pueblo.—Dedicación del Capitolio.—Porsena, rey de Clunio, se arma en favor de los Tarquinos y avanza hasta el Janículo, pero el valor de Horacio Cocles le impide atravesar el Tíber.—Horacio, mientras á su espalda cortan el puente de madera, sostiene solo el choque de los etruscos, y cuando cae el puente se arroja armado al agua y se reúne á nado con los suyos.—Mucio da otro ejemplo de valor; penetra en el campamento enemigo para matar á Porsena; asesina á un secretario, á quien confunde con el rey; preso, coloca la mano sobre el altar donde acaban de celebrar un sacrificio, la deja abrasar y declara que tres-